

Elisa quién amaba y quién fingía.
Aparte.
Vale más que así no sea
para que ignore que le amo.

Levantándose.
Lorenza me espera. Llamo
á usted si ella desea
salir de su alcoba; ¿no?

Mario *Levantándose.*
¡Ah! sí, me olvidaba yo.
Usted vino á recordarme
obligaciones sagradas.
Vamos, Elisa.

Elisa *Prudencia.*

Mario No verán en mi apariencia
mis luchas desesperadas.

*(Al llegar á la puerta aparece Lorenza,
andando trabajosamente.)*

ESCENA OCTAVA

LORENZA, ELISA Y MARIO

Elisa Perdona si retardé
mi visita, ¿estás mejor?

Lorenza Como siempre. . . . Este dolor. . . .
(Señala el pecho).
esta fatiga. . . . no sé. . . .

La colocan en un sillón.

Lorenza Respiro con más franqueza.

Mario Pero haces mal en salir.

Lorenza Es que no puedo sufrir
de mi alcoba la tristeza.
No sé por qué me parece
Su atmósfera tan pesada.

Como estaba acostumbrada
á salir, hoy me entristece
no hacerlo, ni estar contigo
trabajando.

Mario Ya estarás,
y muy pronto. Ya verás.

Lorenza Si es que el alivio consigo.

Mario ¿Dudas?

Lorenza Si Dios lo quisiera.

Mario ¿Y por qué no ha de querer?

Lorenza Porque esta pobre mujer
es necesario que muera.

Elisa No quieras entristecerme. . . .
No lo pienses.

Lorenza El sufrir
es quien habla.

Elisa ¿Tú morir?

Lorenza Debo, Elisa, convencerme.

Mario *(Aparte.)* ¡Cuál me conmueve su estado!

Lorenza ¿Y mis hijos?

Mario Duermen ya.

Lorenza ¿Entrada la noche está?

Mario Ha tiempo las diez han dado.

Lorenza Si pudiera yo dormir,
acaso menos sufriera.
Mario, acércate; quisiera
mucho poderte decir;
pero estoy tan débil ya.

*Elisa se enjuga los ojos y se aparta para
dejarlos hablar. Lorenza toma para
hacerlo el tono propio de una enferma
en sus circunstancias.*

Escúchame, sin embargo,
pues quiero hacerte un encargo
que tu lealtad cumplirá.

Mario Habla. ¿Qué quieres?

Lorenza.

El día
que á mi esposo puedas ver
hazle, Mario, conocer
lo que en mí no conocía.
Dile que si abandonó
á su esposa sin motivo,
mi amor demasiado vivo
la ingratitud perdonó.

Mario ¿Y que le puede importar
al hombre sin sentimiento
la desdicha y el tormento
que te obliga á devorar?

Lorenza Todo es en vano, lo sé;
y aunque lo comprendo así,
no sé lo que siento en mí
al recordar lo que fué.
Dios que mi conciencia vé
sabe que le amaba tanto,
que al sentir el desencanto
de su injusto desamor,
no tuve ya ni valor
para mostrarle mi llanto.

Pausa leve, se enjuga la frente y los ojos.
no quiero que piense en mí
con la ternura que un día
formó la dulce alegría
del amor en que creí.

Señalando al cielo.

Mi vida muy pronto allí
será una vida dichosa,
y la suya borrascosa
yo trataré de cuidar,
para que pueda pensar
alguna vez en su esposa.
Mis hijos nunca sabrán
la conducta de su padre
y cuando muera su madre

contigo se quedarán.

Su voz va haciéndose más y más trémula.

Mi padre y tú cuidarán
á esos pedazos de mi alma
su voz espira en un sollozo

Mario *Con un grito del alma.*

¡Lorenza!

Lorenza ¡Mario! *estrecha su mano.*

Elisa *Acercándose.* Ten calma
puede agrabarse tu estado
con el sufrir demasiado.

Lorenza La gravedad no me alarma:
pero al sentir con razón
que por instantes me muero,
por último, que hable, quiero,
mi angustiado corazón.

Dirigiéndose á Mario le toma la mano.

¿No es cierto, Mario, que así
como hasta hoy hemos vivido
bajo este techo querido,
siempre amparados por tí,
viviendo así seguirán
mis hijos y nuestro padre,
cuando esta infelice madre
descanse de tanto afán?

Mario Si Dios te llama á su seno
tranquila debes morir.

Lorenza ¡Oh! tú no sabes mentir
porque eres, Mario, muy bueno.
Se que mis hijos serán

Mario *interrumpiéndola.*
un depósito sagrado
que con amante cuidado
bajo mi amor crecerá.

Lorenza ¿Y nuestro padre?

Mario También

ese venerable anciano,
sostendrá mi débil mano
en el camino del bien.
El en nuestro hogar querido
será la imagen de Dios.

*D. Luis por la izquierda á tiempo de oír
los últimos versos.*

ESCENA NOVENA

DICHOS y D. LUIS.

D. Luis ¡Benditos ustedes dos
Que su deber han cumplido!

Mario *Con respeto.*
¡Señor!

Lorenza *Conmovida.*
¡Padre mío!

Elisa Dichosos
los que en la triste existencia,
abrigan en la conciencia
sentimientos generosos.

Lorenza *Atrayendo á Elisa y dándole un beso.*
Y más dichosos al ver
latir del pecho al abrigo,
dulce corazón amigo
que nos ha de comprender.
Sólo una pena me queda
que turba á ratos mi calma;
una aspiración del alma
que acaso llenar no pueda.

Mario ¿Cuál?

Lorenza Que me voy á morir
sin verte, hermano querido,
con dulces lazos unido
á quien es tu porvenir.

Mario ¡Oh, gracias, Lorenza mía!
gracias por tanta bondad;
pero esa felicidad
la miro un poco tardía.

Lorenza Creeme, mucho la siento,
y quisiera prolongar
mi existencia y disfrutar,
de tan puro sentimiento.
Cuánto, cuánto gozaría
si la que será tu esposa
fuera una madre amorosa
para mis hijos un día.

Mario ve con inquietud el reloj.

pero si esto no es así,
dila cuando yo me muera
á lo menos que los quiera,
con voz apagada y casi sollozante.

Por . . . ella . . . por tí . . . por . . . mí.

D. Luis De Mario la prometida
tiene un alma generosa
¿no es verdad, Elisa?

Elisa *con tono particular.*
Es cosa

casi por todas sabida.

(Aparte.) Si pudiera yo decir
la verdad pero no puedo.

*Habla un momento con Lorenza en voz
baja.*

*Mario ve de nuevo con inquietud el reloj
y dice aparte los dos primeros versos.*

Mario ¡Corazón, con cuánto miedo
esperas lo porvenir.

*Dirigiéndose á D. Luis y á Lorenza con
tono solemne.*

Padre, Lorenza; no sé
si un mañana de dolor
sepultará de mi amor

la dicha con que soñé.
 No sé si dentro de poco,
 dentro de breves instantes
 mis ilusiones amantes
 serán el sueño de un loco.
 Dudas horribles abrigo
 por Carlota, crueles dudas
 que en mi alma dejó sañudas
 el cariño de un amigo.

El reloj da las once.

¡Las once ha dado el reloj,
 y su campana me grita
 que debo ir á la cita
 que Carlota me otorgó!
 Quiero saber la verdad
 y me quiero convencer,
 si el amor de esa mujer
 corresponde á mi lealtad!
 El temor que aquí se abriga
 se disipará; lo quiero.

D. Luis. Señalando la puerta.

¡Cumple como caballero!

Lorenza. ¡Mario, que Dios te bendiga!

Elisa hace un movimiento como para detenerlo, pero se reprime, y sólo dirige á Mario una triste mirada de ternura.

TELON RÁPIDO.

Fin del primer acto.

ACTO SEGUNDO

Sala amueblada con lujo en la casa de D. Julián. Puerta al fondo y laterales. A la derecha una mesita de juego. A la izquierda un piano: en segundo término una mesa redonda con periódicos etc. Cerca de la mesa de juego un diván. Al levantarse el telón, Gilberto y un caballero aparecerán jugando ajedrez. D. Julián en el confidente leyendo un periódico, de que es editor propietario, "El Oriente." Elisa sentada al piano como si concluyera de tocar y Narciso de pie cerca de ella.

ESCENA PRIMERA

D. JULIAN, NARCISO, GILBERTO, ELISA Y
 UN CABALLERO.

Narciso. A Elisa.

Acaba usted de tocar
 con verdadera maestría,
 una bella melodía
 que casi me hizo llorar.

Elisa. Con ironía.

¿Usted llorar?

Narciso. ¿Por qué no?

Me juzga usted insensible?

Elisa. Y mucho.

Narciso. Es usted terrible.